

## ESTAMPAS BÍBLICAS

## ¡¡ HOSANNA !!



El mes de Nisán se anunciaba entre un vistoso cortejo de aromas y flores. Y el verde intenso de los campos orlaba de esmeralda el blancor polvoriento de los caminos.

Faltaban cinco días para la Pascua. Jerusalén, tradicional y cosmopolita, vivía el rebullir gozoso de las vísperas de su gran fiesta. Sus calles enlosadas, repetían la caricia sonora de los blancos re-centales, que, en busca del mercado, marchaban al sacrificio. Desbordado el mercado de Jaffa, el eco plurilingüe del vendedor ambulante poblaba plazas y calles.

El pueblo elegido y maldito se afincaba en el rutinarismo de sus tradiciones incomprensibles. Lucían los fariseos su místico andar absorto, y el brillo mordaz de sus ojos se tornaba, al sentirse observados, en hipócrita dulce mirar, que eleva a los cielos el falso susurro de una falsa plegaria. Los rabinos desgranaban, en charlas grandilocuentes, la riqueza de su saber escriturario... Flotaba en el ambiente un místico olor profético. Y el eco ultraterreno de los lamentos de Jeremías parecía flagelar el blancor inmaculado de la ciudad desaprensiva.

Desaparecían los caminos, que llevan a Jerusalén, bajo el abigarrado caminar de multitudes, que acuden a la Pascua. Y se obstruían y tascaban las puertas de la ciudad con el arribo constante de sagradas caravanas...

Con la hora de prima salió Jesús de Bethania, el almenado castilló donde trocara en alborozo el dolor de sus amigos al tornar a la vida el cadáver, ya fétido, de Lázaro.

Había un revolar de trinos en el claro despertar de la mañana. Se esponjaban las colinas y las copas cimeras de los árboles en la tibia y dorada caricia del sol mañanero. Y el beso fugaz con que la brisa saluda a las flores nacientes se premia en un triunfo de aromas suaves.

Avanza Jesús por el camino, que viene de Jericó. Y evoca en la pureza de la mañana de Nisán el idílico frescor de los valles galileos, el rizado tenue del lago Genezareth, que guarda en el blancor de su corona de espumas el blando rumor de su prédica mesiánica. Camina el primero. Y la inquietud de su mirada traduce sus ansias de arribo. Detrás vienen: María, la Madre, que lee el dolor inquieto en los ojos del Hijo, y María la que ungió con unguento precioso los pies del Maestro, y la otra María, que tiene en su rostro de virgen el blancor y pureza de los lirios del valle, y Marta, que se consume en afanes domésticos, y Lázaro, el redivivo, que aún no logró

vencer su hieratismo de cadáver, y los discípulos, que presienten la vecindad del triunfo y la multitud de creyentes y curiosos que acudiera a Bethania atraída por el clamor milagrero.

Se hincha y crece la caravana con el arribo constante de caravanas pascuales. Y, desbordado el camino, las hierbas, jugosas, lloran, con tenue quejido, su lloro verduoso, al sentir la afrenta descuidada de las mugrientas babuchas.

Se afana la multitud por llegar hasta el Maestro. Y al beso de la cimbria de su manto, se curan los males secretos, y arrojan sus muletas los tullidos, y los ciegos ven y los mudos hablan... Sonríe Jesús su sonrisa de bien. Y se traduce en sus ojos el amargor de la ingratitud presentida.

El monte de los Olivos se anuncia con un rebrillo de plata. Se escucha en la hondonada el fosco rebullir del torrente Cedrón, que luce un trenzado de ramos de vides. Y asomándose al torrente, morena de tapiales de tierra, se destaca Bethfagé, entre el follaje de los cactus verdes y las viñas secas.

Se exalta la multitud con el olor intenso de los milagros. Se evoca la figura de David. Y hay un afán escrutador de genealogías y un desgane de citas proféticas.

La visión del triunfo en los discípulos azuza el entusiasmo creciente de la plebe. La voz de Jesús, que los llama, se afana por clarrear las nieblas que les ofuscan. Les habla de su pasión afrentosa, de su muerte de Cruz, del triunfo de su Resurrección... Resbalan sus palabras, suaves, dolidas, unidas al murmullo del torrente. Y ajenos al presagio doloroso, se obstinan los discípulos en su exaltación azuzadora.

Un asna y su pollino muerden el verde fresco de un vallado, junto a la Bethfagé dormida. Son traídos por mandato del Maestro, que cabalga sobre montura de mantos y vestes de turba. Y los aires se pueblan de voces proféticas, anunciando a la Hija de Sión, que viene hacia ella, lleno de mansedumbre, su Señor y su Rey.

Rebulle el olor de la savia fresca. Hay un trémolo de mantos, de palmas y de ramos. Y el clamor entusiasta y creciente rasga zigzagueante el azul de la mañana.

—¡Hosanna, Hosanna al Hijo de David. Bendito el que viene en nombre del Señor!

Y, traspuesto el torrente Cedrón, jadeaba por la cuesta el clamor incesante.

Lució, desde la cima, el atuendo mañanero de la Jerusalén engalanada. Sus torres y almenas se tallaban en el azul coronadas de oro de sol. Se adivinaba el rebullir de sus calles enlosadas. Había un despertar de nieblas en el verde florido de sus jardines. Y el aletear de los palomos, que anidan en sus torres, ponía un rumor de brisas en la transparencia azul.

Arreció el clamor de la turba.

—¡Hosanna, Hosanna al Hijo de David!

Jesús contempló la ciudad, blanca y bella cual las hijas de Sión. Reía, sin pesar ni arrepentimiento, la ciudad que mató a los profe-

tas, la que iba a ser deicida. Y la estridencia de su risa loca puso un temblor de lágrimas en los ojos del Mesías.

Paseó por calles y plazas el clamoreo de su triunfo mesiánico. Acalló el escándalo farisaico, decantando su hipocresía de «sepulcros blanqueados». Y humilló la soberbia judía, ufana de su paternidad abrahánica, al proclamar la potestad divina de nacer hijos a Abraham incluso de las piedras.

Adentróse por las naves del templo, que Salomón exornara con lujos de oro y plata, símbolos de su riqueza y poder. Y temblaron las columnas salomónicas, en un despertar de siglos, ante la ira de Rabbí. Poblóse el templo con el retemblar de las alas de las aves fugitivas, balaron su tierno balido de susto los blancos recentales, cruzó un estrépito de mesas, que se derrumban, y el timbre metálico de las monedas hirió el ambiente al chocar con las losas sagradas. El restallar incansable del látigo divino fustigó sin piedad a los que trocaron en guarida de ladrones la casa de su Padre, que es casa de oración.

Y nadie osó atajar la furia de su mano. Y nadie osó oponerse al imperio de sus voces. Comentaban quedo los fariseos la profanación atrevida y rumiaban los rabinos su vasto saber escriturario.

El rey de Judíos, el enviado de Dios, de la regia estirpe davídica iniciaba su reinar, el reinar que las turbas inconscientes proclamaban, entre el flamear de las palmas y ramos, por el camino que viene de Jericó. Y enmudeció la multitud, que le aclamara, ajena a la modalidad de este reinado.

Y entre el revolar de las aves atadas y el blancor de los recentales y las mesas en derribo... floreció el verde de las palmas y de los ramos de oliva caídos de las manos.

Un coro infantil, ingenuo, angélico, aún hizo retemblar los tisús de oro y plata del templo salomónico con el rumor de brisa de sus voces acordadas:

—¡Hosanna al Hijo de David. Bendito el que viene en nombre del Señor!

ANDRES CALDERON RODRIGUEZ



\*\*\*\*\*  
**PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»**

basta con llamar los días laborables al teléfono  
 n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.

## EL PROFESOR SUPLICA A UNA COLEGIALA

Batir de palmas clavó  
 golondrinas en el aire.  
 ¡Qué sacudidas de azogue  
 por los tubos de la calle  
 subiendo, por verte, niña,  
 desafiando a la tarde!

Ociosos ya de ilusiones  
 miles de ojos, despertaste  
 añoranzas de haber sido;  
 de no poder ser ya, pesares.

En el nido de tu axila  
 —más que tibio, mareante—  
 empollando los apuntes  
 de tu recién dada clase.

Tirándote de la nuca,  
 dos trenzados de azabache,  
 anhelosos por crecer  
 hasta acariciarte el talle.  
 ¡Y toda tu frente ofrenda  
 al soletón, que la lame!  
 Y tus ojos—esos ojos